

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: La Palabra de Dios – fuente de vida abundante -
Meditaciones acerca del Sal. 119:65-80 (parte 5)
(11 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



**La Palabra de Dios – fuente de vida abundante -
Meditaciones acerca del Sal. 119:65-80 (parte 5)
(11 días)**

Día 1

Sal. 119:65-72; 103:1-5

¡Dios me ha hecho bien! Así lo afirma el salmista meditando en el Señor y acerca de su vida: “Bien has hecho con tu siervo, oh Jehová, conforme a tu palabra” (v. 65). En los ocho versículos de nuestro párrafo el escritor utiliza seis veces la palabra hebrea “tov”. Se puede traducir con “bueno, agradable, confortante, valioso, maravilloso y correcto”. Dios nos hace bien porque Él es bueno. Él obra según Su Palabra, y Su Palabra es buena.

En el Sal. 116:12 leemos la pregunta: “¿Qué pagaré a Jehová por todos sus beneficios para conmigo?” Acerca de la bondad de Dios y de Sus beneficios escribe el pastor y escritor Steffen Kern en una carta: “Lo más valioso en la vida recibimos regalado. Las cosas importantes no las podemos ganar. Nuestra familia a la que pertenecemos, nuestros padres, nuestros hijos, nuestra salud, cada día de nuestra vida ... El Creador nos cuida cada día con muchos beneficios.

Esto no es algo natural, sino una razón de ser agradecido de todo corazón. Aun mucho más debemos agradecer a nuestro Dios por lo que nos regala por la fe: el perdón de nuestras culpas, libertad de ataduras, vida eterna. Los cristianos son las personas que reciben la mayor cantidad de regalos en el mundo. El agradecimiento debe ser nuestra única actitud frente a Dios que nos da tanto. ¿Estamos agradecidos? ¿Acaso no es así que aceptamos muchos beneficios muy naturalmente?”

El Salmo 136 se llama “Canción de agradecimiento de parte de Israel por los beneficios de Dios”. También nosotros que pertenecemos a la iglesia del Nuevo Testamento podemos utilizar este salmo como guía para agradecer a Dios por los beneficios recibidos. ¡Él es tan bueno para con nosotros! Pensando en mi vida pasada, ¿qué me motiva para agradecer a Dios?

Día 2

Sal. 119:66; 1.R. 3:9.28

Teniendo profunda confianza al bondadoso Dios, el salmista expresa su pedido: “Enseñame buen sentido y sabiduría, porque tus mandamientos he creído”. En este tiempo de cambios globales, en que opiniones y pensamientos religiosos se mezclan y cada cual cree lo que le parece correcto, el pedido del salmista cobra suma importancia.

Importante es reconocer lo que es recto delante de Dios, para tener un sano discernimiento. El consagrarse cuidadosa y fielmente a la Biblia ejercita nuestros pensamientos, ordena los conocimientos, moldea nuestras palabras y aumenta nuestro conocimiento de Dios.

El salmista quiere conocer a Dios y a Su Palabra cada vez más. Por eso pide con insistencia: “¡Enseñame!” Él está dispuesto para aprender, incluso ansiosamente. Con la intensidad de su pedido expresa: Señor, necesito tus instrucciones, la percepción de tus pensamientos y planes, por favor dame visión y sabiduría. Pues quiero mantenerme en tu huella. Quiero vivir como a ti te agrada. (Comp. Pr. 1:5.7; Stg. 1:5.)

También para el apóstol Pablo es un tremendo anhelo que la iglesia del Señor crezca más y más en el conocimiento de Dios: “Y esto pido en oración, que vuestro amor abunde

aún más y más en ciencia y en todo conocimiento, para que aprobéis lo mejor, a fin de que seáis sinceros e irreprochables para el día de Cristo, llenos de frutos de justicia, que son por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios" (Fil. 1:9-11).

Pero no se trata de un aprendizaje para uno mismo, sino también de un aprender en conjunto. Una ayuda constructiva encontramos en Dt. 4:5-9a y Sal. 78:5-7.

Día 3

Sal. 119:67; Pr. 3:34

El salmista se refiere a una experiencia muy importante en la vida: "Antes que fuera yo humillado, descarriado andaba". Sin embargo, ¿quién quiere ser humillado? En nuestro vocabulario la palabra "humildad" por lo general tiene un significado negativo. La relacionamos con una actitud sumisa e inestable. Muchas veces humillación tiene que ver con ofensas o agravios personales o sociales.

Originalmente humildad significa la actitud de servicio o la valentía para servir. Aquí no se refiere a sumisión pasiva, sino coraje y fuerza para actuar. En el Antiguo Testamento el concepto tiene en casi todos los casos un sentido positivo. El rey Salomón habla de que "a la honra precede la humildad" (Pr. 15:33). Con esto se expresa mucho valor.

Dios mismo se acerca a las personas que son humildes. "Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y en la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes y para vivificar el corazón de los quebrantados" (Is. 57:15).

El profeta Miqueas exhorta al pueblo de Israel: "Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios" (Mi. 6:8).

Ser humilde ante Dios, darle la honra, no enseñorearse delante de otros, sino servirles, esta debe ser nuestra actitud. En eso Jesús es nuestro mejor ejemplo. Porque Él es manso y humilde de corazón "las personas que se han lastimado en el servicio y las que están agotadas y sin fuerzas, porque corren de una cita a otra, encuentran descanso para sus almas" (H. Barend). Jesús nos invita: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar". (Lea Mt. 11:28-30.)

Día 4

Sal. 119:67; Fil. 2:3-5-11

La vida de Jesús es servicio: "El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos" (Mr. 10:45). Su actitud interior, toda Su vida, Su sufrimiento y muerte reflejan humildad. Sin embargo, Su manera de ser es todo lo contrario a pasividad impotente y sumisa. Hasta la hora de Su muerte en la cruz sigue siendo el Salvador cuyo corazón late por los pecadores y se preocupa por ellos. Jesús no rechaza a aquel que en el último momento de su vida clama por salvación, sino que le otorga Su ayuda: "Hoy estarás conmigo en el paraíso" (Lc. 23:43). ¡Así es Jesús!

Nosotros podemos aprender de Él un capítulo tras otro en Su "escuela". "Hay dos grupos de creyentes. Los arrogantes que piensan que son humildes; y los humildes que tienen temor de ser arrogantes. Pero debe haber otro grupo de cristianos: Aquellos que se olvidan de sí mismo y que ponen todo en la mano de Jesús, aquellos que no desaprovechan su tiempo de mejorarse a sí mismo. Estos llegarán a la meta" (C. ten Boom).

Delante de nosotros hay un campo abierto para ejercitarnos. Los apóstoles Pablo y Pedro dan varios consejos espirituales que debemos poner en práctica: Ro. 12:16; Col.3:12; 1.P.5:6.7. “El que de corazón ama la humildad será enaltecido ante Dios; mas el que actúa con orgullo, tendrá que ser doblegado; aquel que busca lo correcto y sigue la guía de Dios, se puede preparar bien y a este llegará Cristo” (V. Thilo).

La amorosa humildad es una fuerza muy grande, probablemente la mayor de todas, no hay otra semejante a ella.

Día 5

Sal. 119:67; Mt. 26:31-35

“Antes que fuera yo humillado, descarriado andaba”. Estas palabras las podría haber dicho Pedro, cuyo nombre significa piedra, quien en cierta ocasión no se comportó nada firme: “Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré. Aunque me sea necesario morir contigo, no te negaré”.

Poco después estaba en el patio del sumo sacerdote. Allí viéndolo le preguntaron si no pertenecía también al grupo de los discípulos de Jesús. En vez de afirmarlo simplemente, dijo: “¡No! No conozco al hombre”. Así negaba a aquel al cual amaba profundamente y que significaba todo para él.

Entonces, ¡la mirada de Jesús! Pedro está tocado y conmovido hasta lo más profundo de su ser. Él escucha cantar el gallo y se acuerda de las palabras de Jesús con las que lo había advertido. Conmovido por su fracaso se aleja, reprochándose y llorando amargamente sale a la oscuridad de la noche. Pero después acontece el milagro que sobrepasa toda imaginación humana.

Tres días después de Su muerte Dios levantó a Jesús de la tumba y se produce un nuevo encuentro entre Jesús y Pedro en el Mar de Galilea. Los discípulos hacen una gran pesca. En la orilla Jesús los espera con pescado asado. Juntos disfrutan la comida. Jesús repetidas veces pregunta a Pedro: “Pedro, ¿me amas?” Asombrado profundamente por el amor perdonador del Señor Pedro solo puede contestar: “Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo”. Jesús comisiona nuevamente a Su discípulo: “Apacienta mis ovejas”.

¡Qué tremenda oportunidad de comenzar nuevamente por la gracia de Dios, después de la experiencia humillante! (Lea Jn. 21:1-19; 1.P. 5:5.)

Día 6

Sal. 119:67-70; Dt. 8:11-18

El arrepentimiento y la conversión producen sabiduría. El salmista conoce la experiencia de correr en dirección equivocada y perderse. Habiendo vivido esta experiencia amarga se decide conscientemente buscar la orientación para su vida de la Palabra de Dios. “Ahora guardo tu palabra”.

Realmente Dios utiliza acontecimientos dolorosos y humillantes para activar el proceso de maduración en nuestra vida espiritual. El evangelista inglés Charles H. Spurgeon escribió: “Las promesas de Dios brillan mucho más claras en el horno de la aflicción”. El salmista se extiende nuevamente hacia la Palabra de Dios. La mirada al Señor le ayuda a reconocerle como Él es: “Bueno eres tú, y bienhechor; enséñame tus estatutos” (v. 68).

A veces somos humillados por personas cuyo corazón se endureció respecto a todo lo divino y su conciencia parece dormida. Sus palabras hieren como punzadas. “Contra mí

forjaron mentira los soberbios”. Sin embargo, el Señor puede utilizar justamente estas adversidades de gente impía para nuestro bien y para la Su honra. (Lea Ro. 8:28; 1.P. 1:6-9; 4:12-19.)

El salmista contrapone al sarcasmo de su entorno un claro: “Mas yo”. Dos veces lo afirma de donde consigue su fuerza: “Mas yo guardaré de todo corazón tus mandamientos. Mas yo en tu ley me he regocijado”. De este modo nos muestra un camino cómo podemos seguir a Jesús en el mundo donde los parámetros de Dios se tergiversan, ridiculizan o falsifican y los rechazan. “Mas yo” seguiré por los caminos de Dios, guardaré Su Palabra. Muchos creyentes antes de nosotros utilizaron esa posibilidad. (Lea Sal. 59:12.16; 69:12.13; 55:12-17.22; 38:12-15.)

Día 7

Sal. 119:71; He. 11:24-27

Viendo retrospectivamente humillaciones sufridas, el salmista confiesa: “Bueno me es haber sido humillado, para que aprenda tus estatutos. Mejor me es la ley de tu boca que millares de oro y plata” (v. 71.72). Como alguien que rige su vida según las instrucciones de Dios, para él no valen los parámetros y valores del mundo. La Palabra de Dios es para él la autoridad única. Ella sobrepasa a cualquier valor. Ni “miles de monedas de oro o plata” se comparan con el valor de la Palabra de Dios. (Lea Sal. 119:14.98.127.162; Pr. 3:13-15.)

Aunque la Biblia sea un libro viejo, sin embargo, es grandemente actual. Aquí habla el Dios viviente a y con nosotros. También descubrimos ahí el latido del corazón de Dios y la voz del buen pastor. Podemos encontrar tesoros que no se destruyen por “orín o polilla”.

El conde Nicolás Ludwig von Zinzendorf, el fundador de la hermandad de Herrnhut, escribió en 1725: “Señor, tu palabra, este don noble, este tesoro guárdame; pues la prefiero ante cualquier propiedad o riqueza. Si tu palabra ya no valdría, ¿sobre qué descansaría la fe? No me importan miles de mundos, me importa tu palabra”.

La Palabra de Dios nos otorga consuelo y esperanza, especialmente en días difíciles. Los temores deben retroceder por las promesas de Dios. Experimentamos liberación de culpa, si la confesamos y retornamos a Dios. “El que encubre sus pecados no prosperará, mas él que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia” (Pr. 28:13). El perdón alivia al corazón apenado. Nuevas instrucciones nos animan para dar los próximos pasos. Nuestro interior se reanima. Esta experiencia también la vivió el rey David: Sal. 19:7-12.

Día 8

Sal. 119:73-80; 139:13-16

El autor del Salmo 119 nos quiere llevar al reconocimiento que lo más importante en la vida es conocer la Palabra de Dios, guardarla en la vida cotidiana y aferrarse a ella aun en situaciones muy difíciles. Por eso el humillado y sufrido salmista pone una realidad consoladora al comienzo de un nuevo párrafo (v. 73-80).

“Tus manos me hicieron y me formaron”. Dios me ha dado la vida. Con esto el salmista declara de que aquel que lo ha creado, sabe muy bien dirigir su vida y colocar en ella lo que es útil y bueno para él. El Señor nos conoce mejor que nosotros mismos. En este Creador confía también cuando sus caminos le son incomprensibles y penoso, y que muchas preguntas quedan sin respuesta. El orador se mantiene firme en la convicción “¡Dios lo hace bien!” Esto pudo testificar también José, el hijo de Jacob: “Dios me hizo fructificar en la tierra

de mi aflicción” (Gn. 41:52; lea Gn. 45:1-9; 50:20).

El salmista lo dice por experiencia propia cuán difíciles pueden ser estos caminos, expresa repetidas veces el pedido de consolación: “Sea ahora tu misericordia para consolarme” (v. 76). Tu palabra “es mi consuelo en mi aflicción. Me acordé, oh Jehová, de tus juicios antiguos, y me consolé” (v. 50:52; lea v. 32.82.92.122).

Quizás alguien entre nosotros hoy necesita consuelo. Con toda confianza podemos acercarnos a nuestro Creador, pues Él es el “Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios” (2.Co. 1:3.4).

Día 9

Sal. 119:73-77; 1.P. 4:12-14.19

Al hablar aquí de sufrimiento y humillaciones, el salmista muestra también su efecto. Él reconoce tras ellos la fidelidad de Dios, pues cada experiencia penosa produce algo nuevo en nuestra vida. La fidelidad de Dios encierra un potencial enorme de oportunidades que quizás aun no las hayamos aprovechado. Su fidelidad nos abre incalculables aperturas.

Los sufrimientos no significan castigo o expiación por alguna maldad. Sino mucho más sirven para que levantemos nuestra mirada a Jesús. Él se llevó las mayores aflicciones y tormentos y Él, el autor y consumidor de nuestra fe, ora por nosotros para que nuestra fe no se pierda. Ella puede tambalear, pero la mano del Señor nos sostiene.

Es posible que nos falle nuestra confianza, pero Jesús nos levanta nuevamente, nos da ánimo y produce nuevamente confianza. Cada cual que ha confiado su vida al Señor Jesucristo reconocerá retrospectivamente humillaciones y penas bajo la luz de la gracia de Dios. La gracia protectora es la misma que nos rescató. Ella no nos deja caer, ella actúa en medio del sufrimiento en forma tal que lleguemos a parecernos más a Cristo. (Lea 1.Co. 15:10; 2.Co. 4:17.18; 1.P. 5:10; He. 4:16.)

En medio de las exigencias de su vida el salmista puede decir: “Los que te temen me verán y se alegrarán, porque en tu palabra he esperado”. Él no se aísla de los otros creyentes. No se esconde tras las tribulaciones y penas que pesan sobre él. Él reconoce que otros se animarán al verlo confiar en Dios aun en la aflicción. Samuel Rodigast dedicó en el año 1675 a su cantor enfermo una canción para animarlo: “Lo que Dios hace es bueno, esta realidad sostengo. Me puede apenar y afligir la enfermedad, la muerte y la miseria, sin embargo Dios me sostiene en sus brazos paternos; por eso sigo confiando en Él”.

Día 10

Sal. 119:77

El salmista se dirige a Dios con otro pedido: “Vengan a mí tus misericordias, para que viva”. La bondad cordial de Dios levanta el ánimo del orador. Nuevamente puede respirar tranquilo. Su oración entrañable contribuye a esto. De todo corazón anhela la amorosa inclinación de Dios, Su atención y ternura, Su cercanía y perdón y Su inmerecida gracia.

Podemos percibir: Aquí se descubre por medio de pocas palabras toda la riqueza de la misericordia y grandeza de Dios. Por la entrañable bondad de Dios se nos regala lo más precioso para nuestra vida. Su alcance llega aun más allá de nuestra vida terrenal, hasta la eternidad. Sin esta existencial misericordia divina que se revela en Jesucristo, todos

nosotros pereceríamos. “Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos)” (Ef. 2:4.5; lea 1.P.1:3-9).

Esta profunda misericordia de Dios se hizo visible y cualquier persona la puede experimentar por el sacrificio de Su Hijo Jesucristo. Aquel que pide misericordia y vida como el malhechor en la cruz, Jesús le otorgará con toda certeza la vida eterna. (Lea Lc. 23:39-43, Jn. 6:37; 3:16; Ro. 8:1.32.38.39.)

“Vengan, respiren tranquilos; ya no tienen que desesperarse, ni desanimarse. Dios nos ha dado a Su Hijo. Con Él llega nueva vida a nosotros. Vosotros que hace mucho buscáis la vida y esperáis en vano respuestas. Escuchad la buena noticia, que Cristo os ama y que os regala sentido y esperanza para sus vidas” (P. Strauch).

Día 11

Sal. 119:78-80; 103:2

El escritor del Salmo 119 señala claros límites a aquellos que lo atacan y esparcen mentiras contra él. Él ora: “Sean avergonzados los soberbios, porque sin causa me han calumniado”. ¿Se puede orar de esta manera? ¿Acaso no parece como venganza, que uno quiere que Dios juzgue a los que son adversarios?

Los siguientes impulsos nos pueden dar orientación: a. El orador habla abiertamente lo que está en su corazón. b. Él se dirige a Dios, a Yahveh (v. 75). Él es el singular, eterno “Yo soy”, el justo y soberano Dios. c. El orador no se venga a sí mismo, sino que se entrega él mismo como también a los otros a las manos de Dios. Aquí llegamos a conceptos del Nuevo Testamento: “No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor” (Ro. 12:19). d. Nuestro Señor Jesucristo va aun más allá: “Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, ... y orad por los que os persiguen” (Mt. 5:44). En la cruz Él oró por sus enemigos: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc. 23:34a).

¿Quién de nosotros es capaz de esto? Nadie. Únicamente si uno vive y se alimenta de la fuente del poder singular de la Palabra de Dios. Esto nos lleva nuevamente al salmista. Él está arraigado en la Palabra de Dios, se orienta por los preceptos de Dios. Estos tienen prioridad. Leamos nuevamente los versículos 64-80.

“Si amamos a nuestros enemigos nos sumergimos en la inmensa corriente del amor de Dios por medio de Jesucristo. Y si Jesús demanda que amemos a nuestros enemigos, Él mismo nos da el amor que exige de nosotros” (C. ten Boom).